

LAS VENTANAS DE KAFKA¹

[KAFKA WINDOWS]

ROBERTO CHACANA*

*
Roberto Chacana
Académico Universidad Austral de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Valdivia, Chile

REVISTA 180

Resumen: Este artículo examina el papel que poseen las ventanas en diversas obras de Franz Kafka. En primer lugar, se sostiene que las ventanas serían aberturas que permiten eludir o enfrentar de una mejor forma las adversas situaciones en las que los personajes se hallan sumidos. En ese marco, el artículo propone que las ventanas ofrecerían a los personajes seis posibles liberaciones: consuelo, escape, seguridad, evasión, inspiración y ventura. El análisis detallado de cada una de ellas, sin embargo, deja en evidencia que tales liberaciones son escasamente realizables. A partir de eso, el artículo postula que el verdadero protagonismo de las ventanas de Kafka es consecuencia de que ellas constituyen lugares aciagos y de mal agüero, que están estrechamente relacionados con los acontecimientos que acaban por hundir irremediabilmente a los personajes kafkianos en unas situaciones de las cuales ellos esperaban liberarse, precisamente, gracias a las ventanas.

Palabras clave: Kafka, ventanas, liberación, fracaso

Abstract: *The paper examines the role that own windows in various works of Franz Kafka. First, it is argued that the windows would be “apertures” that allow circumvent or to provide a better way of adverse situations in which the characters are mired. In this context, the article proposes that the windows would offer six possible characters “releases”: comfort, escape, safety, evasion, inspiration and luck. Detailed analysis of each analysis, however, makes it clear that such releases are hardly achievable. From that, the article suggests that the true role of Kafka windows is that they are a result of unfortunate and unlucky places that are closely related to the events that inevitably end up sinking the Kafkaesque characters in some situations which they hoped to liberate precisely through the windows.*

Keywords: *Kafka, windows, release, failure*

Las ventanas desempeñan un papel destacado en Kafka, pues son consideradas aberturas que —al menos aparentemente— modifican o morigeran las adversidades que padecen los personajes. En los casos en que estos se hallan enfermos, las ventanas se erigen como un *lugar de consolación*, como advertimos en tres textos del escritor checo. El primero corresponde a la versión original de “La desventura del soltero” —una de las narraciones de *Contemplación*, el primer libro del autor—, que Kafka registra en sus *Diarios*; dice allí: “estar enfermo y tener el único consuelo de mirar por la ventana” (2000, p. 208). En el segundo —un esbozo narrativo de 1920—, un individuo que es observado por otro sujeto con unos binoculares desde un balcón piensa lo siguiente acerca de este: “tal vez se tratase de un enfermo, para el que la vista desde la ventana significaba el mundo” (2003, p. 697). Por último, en “La ventana a la calle”, otra de las narraciones de *Contemplación*, leemos: “no podrá vivir mucho tiempo sin una ventana a la calle” (p. 26).

La ventana aparece así como el lugar idóneo para liberarse de las emociones negativas que atormentan al individuo. Dado que Kafka se vio sumido frecuentemente en estados de esa naturaleza, en las cartas y los *Diarios* hallamos registros que dan cuenta del deseo de beneficiarse del influjo lenitivo que tendría la ventana. Por ejemplo, en una carta a Felice Bauer, Kafka sostiene: “Hoy me estaba lavando las manos en el oscuro pasillo cuando, no sé cómo, me puse a pensar en ti con tal fuerza que no tuve más remedio que acercarme a la ventana para,

al menos, buscar consuelo en el cielo gris” (1977, p. 347). En los *Diarios* Kafka apunta una frase que expresa de forma lacónica un anhelo similar: “Si se pudiera arrojar el dolor por la ventana” (2000, p. 773). Por otro lado, cuando la angustia resulta insoportable, ya no es el dolor lo que se desea arrojar por la ventana, sino a sí mismo: “Tormentos en la cama hacia el amanecer. La única solución era tirarme por la ventana” (p. 441).

La ventana se constituye, entonces, en una *vía de escape*, para lo cual debe estar abierta permanentemente. En una carta a Milena Jesenská, Kafka comenta lo siguiente de un hombre que sufre de melancolía: “La ventana del cuarto del enfermo tenía que estar constantemente abierta, pero cuando pasaba un carro por la calle, había que cerrarla rápidamente un instante porque el padre no soportaba el ruido. La hija se encargaba de abrir y cerrar la ventana” (1998, p. 109). En la misma dirección, Kafka reconoce que las ventanas de su entorno están siempre abiertas, condición que se extiende a la noche, según apreciamos en otra carta a Felice, en quien advierte con alegría un hábito similar al suyo: “¿De manera que también comparates mi chifladura de dormir con la ventana abierta?” (1997, p. 116).

Cuando la ventana se halla cerrada se debe realizar un esfuerzo adicional para abrirla, como acontece en *La metamorfosis*, cuando la madre de Gregor intenta “escapar” de lo que ahí ocurre abriendo una ventana: “Al otro lado, y pese al tiempo frío, la madre había abierto de par en par una ventana, y asomándose mucho por ella se cubrió la cara con las

manos” (2003, p. 103). Grete, por su parte, demuestra que cada vez le resulta más difícil realizar las labores de limpieza en la habitación de su hermano, actuando así: “En cuanto entraba, y sin tomarse tiempo para cerrar la puerta —pese a que normalmente se cuidaba mucho de ahorrarles a todos el espectáculo de la habitación de Gregor—, corría derecha a la ventana, la abría de par en par con manos presurosas, como si estuviera a punto de asfixiarse, y, por mucho frío que hiciera, se quedaba allí un momento y respiraba hondamente” (p. 113)

En *El proceso* Josef K. también aspira a escapar por una ventana, cuando, agobiado por el calor que reina en el taller del pintor Titorelli, ve en ella una posibilidad de huir del lugar; sin embargo, ello no es posible: “¿No se podría abrir la ventana?, preguntó K. ‘No’, dijo el pintor. ‘No es más que un cristal encastrado, no se puede abrir.’ Entonces se dio cuenta K. de que todo el tiempo había esperado que, de pronto, el pintor o el mismo irían a la ventana y la abrirían de par en par” (1999, p. 595). La posibilidad de que una ventana sea realmente una *vía de escape* parece contemplar el uso de la fuerza, según constatamos en *El castillo*, cuando uno de los ayudantes del agrimensor entra en la escuela para liberar a Frieda; esta relata a K. así lo sucedido: “Vino y me tomó; abandonada por ti, dominada por él, un viejo amigo, no pude contenerme. No abrí la puerta de la escuela; él rompió la ventana y me sacó” (p. 949).

En otras situaciones parece bastar con hallarse en las proximidades de la *vía de*



escape para sentirse a salvo, convirtiéndose la ventana en una especie de refugio o *lugar seguro*. Por ejemplo, en *La metamorfosis* Gregor se aproxima constantemente a la ventana de su cuarto, en donde encuentra algo de consuelo y protección: “A menudo yacía allí [sobre la fría butaca de cuero] noches enteras sin dormir un solo instante, rascando el cuero horas y horas. O bien no se arredraba ante el gran esfuerzo que suponía empujar una silla hasta la ventana, trepar luego al antepecho y, bien afianzado en la silla, apoyarse en él, *sin duda para recordar vagamente la sensación liberadora que antes solía procurarle mirar por la ventana*” (2003, p. 112).

En *El proceso* Josef K. se parapeta en una ventana tratando de impedir que dos ordenanzas ingresen al cuarto trastero del banco: “ya aparecía a lo lejos un ordenanza y, unos pasos más detrás, otro. K. había cerrado

rápidamente la puerta, *se había acercado a una ventana próxima y la había abierto*” (1999, p. 532). Luego de sofocar la curiosidad de los ordenanzas, K. se asegura de alejar completamente el peligro, utilizando al máximo la protección que la ventana parece ofrecerle: “Para no tener que entablar conversación con ellos, *se asomó a la ventana*. Cuando, al cabo de un momento, volvió a mirar al pasillo, [los ordenanzas] se habían ido. K., sin embargo, *permaneció junto a la ventana*, no se atrevía a entrar en el cuarto trastero y tampoco quería irse a casa” (p. 533).

Las bondades que poseen las ventanas determinan que los personajes kafkianos sientan una especial atracción por ellas, convirtiéndolas en su *lugar favorito*. En un esbozo narrativo se dice lo siguiente de un ama de llaves que se muestra sorprendida por las inusuales instrucciones que recibe de su señor: “El

ama de llaves volvió a la cocina inmersa en esos pensamientos, se sentó apenas un momento en *su lugar favorito, al lado de la ventana*, junto a las flores y el canario [...]” (2003, p. 523). El propio Kafka reconoce en una carta a Milena su incorregible hábito de mirar por la ventana: “Cuando no estoy escribiéndote, me repantigo en el sillón y miro por la ventana. Se ve bastante porque la casa de enfrente es de planta baja. No puedo decir que mirar por la ventana me inspira especial melancolía, nada de eso, solo que *no consigo interrumpirlo y hacer otra cosa*” (1998, p. 99). En *El proceso* la ventana ejerce un especial magnetismo sobre Josef K., quien debe esforzarse por evitarla: “[K.] Estaba muy cansado, porque se había pasado la mitad de la noche estudiando una gramática italiana a fin de prepararse un poco; *la ventana en la que, en los últimos tiempos, solía sentarse con demasiada frecuencia, lo atraía*



más que su escritorio, pero se resistió y se sentó a trabajar” (1999, pp. 635-636).

En ese contexto, la ventana aparece como una *vía de evasión*, que permite desatender un problema, concentrándose en lo que está más allá del cristal. Eso es lo que hace Josef K. cuando su tío lo interroga acerca del proceso; K., que no quiere hablar de ello, se comporta así: “K. guardó silencio; sabía lo que iba a seguir, pero, liberado de pronto como se sentía de su fatigoso trabajo, se entregó ante todo a cierta indolencia, mirando por la ventana al lado opuesto de la calle, del que desde su asiento solo podía ver una pequeña sección triangular, un trozo de pared vacía entre dos escaparates” (pp. 536-537). Aunque la vista carece de interés, a K. le resulta útil, pues con ella *evade* el tema del cual quiere hablar el tío. El objetivo de K., sin embargo, no se cumple, ya que el hom-

bre lo recrimina casi enseguida: “¡Y tú te pones a mirar por la ventana!”, exclamó el tío levantando los brazos” (p. 537), obligándolo a hablar del proceso.

En estrecha relación con lo anterior, la ventana es percibida como un *lugar de inspiración*, pues el individuo cree que, *evadiéndose* a través de ella, ordenará sus ideas y tomará decisiones importantes, tal como intenta hacer Josef K. en dos ocasiones. La primera acontece cuando, habiéndose liberado de un cliente, K. retoma sus pensamientos sobre el proceso, aproximándose a la ventana de su despacho: “K. estaba por fin solo. No tenía ninguna intención de hacer entrar a otros clientes y solo vagamente tuvo conciencia de lo agradable que era que las personas de fuera creyeran que seguía negociando con el fabricante y, por esa razón, ni siquiera el ordenanza entrase en su oficina.

Fue a la ventana, se sentó en el antepecho, agarrándose de la falleba con una mano, y miró afuera, a la plaza. La nieve seguía cayendo, todavía no había aclarado” (p. 573). La reflexión retomada junto a la ventana le confirma que debe despedir al abogado Huld; sin embargo, cuando intenta abrir la ventana —recordemos que las ventanas deben estar abiertas—, le resulta difícil y lo que ocurre tras lograrlo no es precisamente halagüeño ni inspirador: “[K.] abrió la ventana. Solo se podía abrir con dificultad y tuvo que hacer girar la falleba con las dos manos. Entonces, por todo lo ancho y lo alto de la ventana entró en la habitación un humo mezclado con niebla, llenándola de un ligero olor a quemado” (p. 574).

La segunda situación en la que Josef K. se inspira junto a una ventana ocurre cuando decide visitar a su madre. Dado que es un



Roberto Chacana Arancibia: Psicólogo y Licenciado en psicología por la Universidad de Concepción, y Doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos artículos académicos sobre Julio Cortázar y Franz Kafka. Es autor del libro *La familia de Kafka. Lealtad y sacrificio*, editado en Madrid, por Plaza y Valdés, en 2012. Actualmente, trabaja como profesor en la Facultad de Filosofía y Humanidades, en la Universidad Austral de Chile.

Roberto Chacana Arancibia: Psychologist and Bachelor of Arts in Psychology from the University of Concepcion and PhD from the Complutense University of Madrid. He has published various academic articles on Julio Cortazar and Franz Kafka and is the author of the book *La familia de Kafka. Lealtad and sacrificio* (Kafka's family. Loyalty and sacrifice) published in Madrid by Plaza y Valdes in 2012. At present, he works as a professor at the Faculty of Philosophy and Humanities at the University Austral of Chile.

viaje que pretende realizar de inmediato, K. debe resolver algunas cuestiones laborales, para lo cual se dirige a la ventana de su despacho, con la idea de “ordenar un poco sus pensamientos” (p. 685). Sin embargo, y a pesar de su intención, su presencia en el lugar no resulta muy *inspiradora*, ya que en las conversaciones posteriores K. se muestra confuso —al hablar con el director es incapaz de explicar los motivos del viaje— y precipitado, pues en su afán de marcharse cuanto antes resuelve con prisa y prepotencia los últimos asuntos del trabajo.

En otras ocasiones la ventana pareciera ser un *lugar venturoso*, por cuanto está relacionada con la ocurrencia de hechos favorables. Así por ejemplo, cuando en *La condena* Georg Bendemann termina de escribir la carta a su amigo en Rusia —cuestión que le produce una gran satisfacción, pues en ella le comunica su compromiso matrimonial—, extiende la agradable sensación que experimenta en ese momento mirando por la ventana: “Acababa de terminar una carta a un amigo de juventud que se hallaba en el extranjero, la cerró con jugueteada morosidad y *miró luego por la ventana*, el codo apoyado en el escritorio, en dirección al río, al puente y a las colinas de la otra orilla, cubiertas de un pálido verdor” (2003, p. 37). Es tanta la dicha que lo invade que la *jugueteada morosidad* se prolonga “a través” de la ventana: “Con esta carta en la mano permaneció Georg largo rato sentado a su escritorio, *la cara vuelta hacia la ventana*. A un conocido que lo saludó desde la calle al pasar apenas si le respondió con una sonrisa ausente” (pp. 40-41). En contra de lo que cabría esperar, la felicidad de Georg, como también su propia vida, se extinguirán muy pronto.

Una contradicción semejante advertimos en *El castillo*, particularmente en lo ocurrido tras una fiesta de la asociación de bomberos, cuando el padre de Barnabas se ilusiona con la posibilidad de que la administración condal le asigne la reorganización del servicio de bomberos; Olga, una de las hijas, recuerda así dicha situación: “De eso hablaba entonces y estaba allí sentado, de la forma que nos era tan querida, explayándose en la mesa, con los brazos abarcando la mitad de ella y, al mirar por la ventana abierta al cielo, su rostro era muy joven y alegremente esperanzado; nunca más volvería a verlo así” (1999, p. 899). La última frase de Olga apunta a que en vez de ocurrir lo que el padre anhelaba —y que la *ventana abierta al cielo* parecía augurar—, sobre la familia recaerá un severo castigo, como consecuencia de que Amalia, la otra hija, se niega a entregarse a Sortini, un poderoso funcionario del castillo.

De ese modo, y al igual que lo que acontece en *La condena*, la ventana, lejos de anunciar o confirmar la llegada de sucesos felices, es en realidad una abertura por donde se cuelan nuevas adversidades; de hecho, la carta con la cual Sortini cita a Amalia le es entregada por un mensajero a través de una ventana del hogar familiar. Olga, que es la única que despierta con el grito de horror de Amalia, evoca así ese instante: “ella estaba junto a la ventana, con una carta en la mano que acababa de entregarle un hombre por aquella ventana; el hombre aguardaba la respuesta” (pp. 888-889).

Lo que en Kafka acaba por imponerse, entonces, es que las ventanas son *lugares aciagos* y de mal agüero, que acompañan o



anticipan la ocurrencia de hechos amargos, como ocurre en *El desaparecido*, cuando Karl se entera de que sus padres lo castigarán expulsándolo a Estados Unidos: “su madre, junto a la ventana, le anunció una tarde horrible su viaje a América” (p. 281). En *El castillo* es una ventana la que parece anunciar el áspero diálogo que pronto tendrá el agrimensur con Momus, pues el primer contacto que ambos tienen acontece, justamente, a través de la ventana por donde se asoma el joven: “Precisamente, cuando K. llegaba a la Posada de los Señores, todavía sin iluminar, se abrió una ventana en el primer piso, y un señor joven, grueso y bien afeitado, con traje de cuero, se asomó y se quedó en la ventana, sin que pareciera responder al saludo de K. ni con la más leve inclinación” (1999, p. 791).

En *El proceso* las ventanas tienen una presencia tan relevante que se erigen como verdaderos cómplices de los adversos acontecimientos que ocurren a lo largo de la novela, desde la detención hasta la ejecución de K. Así, y dejando a un lado las situaciones ya referidas —es decir, la ventana como un frustrado lugar de escape (taller de Titorelli) y de abortada evasión e inspiración (despacho de K.)—, en la mañana de su detención la ventana del cuarto de K. permite a una anciana fisgonear desde el edificio de enfrente, exponiendo a K. a una especie de juicio o afrenta pública. Luego, Willem, uno de los guardianes que lo detiene, halla en la ventana un apoyo extra para controlar la situación, pues sentado junto a ella comunica a K. que está detenido, impidiéndole que se marche. Más adelante, serán las ventanas —y los vecinos asomados a ellas— quienes darán la “bienvenida” a K. al edificio suburbial en donde se realizará la primera investigación.

Posteriormente, en el momento en que K. llega a la catedral para encontrarse con el italiano cliente del banco el exterior del lugar es descrito de una forma especialmente tétrica, teniendo las ventanas un papel destacado en ello: “La plaza de la catedral estaba completamente vacía; K. recordó que, ya de niño, le había llamado la atención que en las casas de aquella estrecha plaza casi todas las cortinas de las ventanas estuvieran siempre echadas. Con el tiempo que hacía aquel día resultaba más comprensible que de costumbre” (pp. 639-640). Por último, en la noche de su ejecución hay dos situaciones en las cuales las ventanas presagian el trágico e inminente fin. El primero acontece cuando los verdugos llegan hasta el piso de K.; contrariado por la visita, K. se dirige a la ventana y mira a la oscura calle, comprobando que “Casi todas las ventanas del otro lado estaban también a oscuras, y [que] en muchas habían bajado las persianas” (p. 657). El segundo ocurre instantes previos a su muerte, cuando K. mira hacia arriba, buscando inútilmente una última esperanza: “Su mirada cayó en el último piso de la casa que lindaba con la cantera. Al igual que brota una luz, los batientes de una ventana se abrieron, un hombre delgado y débil a aquella distancia y altura se inclinó con una sacudida hacia delante y estiró el brazo más aún” (p. 661). Como sabemos, casi enseguida uno de los verdugos clavará el cuchillo en el corazón de K., poniendo fin a su vida.

En el marco de lo señalado, podemos concluir que, más allá de las ilusiones que se hagan al respecto, es prácticamente imposible que los personajes kafkianos hallen en las ventanas algunas de las liberaciones que ellas parecen ofrecer, esto es, *consuelo, escape, seguridad, evasión, inspiración o ventura*. Una situación tan

pesimista como esa parece advertirse en el último párrafo de “El camino a casa”, otro de los relatos de *Contemplación*: “Solo cuando entro en mi habitación me pongo un tanto pensativo, aunque al subir la escalera no haya encontrado nada digno de reflexión. No me sirve de mucho abrir del todo la ventana y que aún suene una música en algún jardín” (2003, p. 20). La situación puede llegar a ser tan adversa que hasta la posibilidad de ilusionarse carece de sentido, puesto que existen habitaciones —como la que el comerciante Block ocupa en casa del abogado Huld— que ni siquiera tienen ventanas, o, en otros, en que el tamaño de estas es tan reducido que llega a resultar irrisorio, como acontece con la ventana de la cabaña del carretero Gerstäcker, en *El castillo*: “Entonces se abrió en la cabaña que había a mano izquierda una ventana diminuta; cerrada, había parecido azul oscuro, quizá como reflejo de la nieve, y era tan diminuta que ahora que estaba abierta no se podía ver entero el rostro de quien miraba afuera, sino solo sus ojos, unos ojos pardos y viejos” (1999, p. 704). Las posibilidades que tienen los personajes kafkianos de liberarse a través de las ventanas parecen ser del tamaño de la ventana de Gerstäcker.

NOTA AL PIE

1. Artículo enmarcado en el proyecto Fondecyt N° 11090122.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Kafka, F. (1977). *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo*: 1 (1912), 2 (1913), 3 (1914-1917). Madrid: Alianza.
- Kafka, F. (1988). *Cartas a Milena*. Madrid: Alianza.
- Kafka, F. (1999). *Obras Completas I. Novelas. El desaparecido (América). El proceso. El castillo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Kafka, F. (2000). *Obras Completas II. Diarios. Carta al padre*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Kafka, F. (2003). *Obras Completas III. Narraciones y otros escritos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.